

Dom

5 Abr

Homilía de Domingo de Ramos

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró.”

Introducción

La Semana Santa

¿Qué queremos decir al calificar esta semana como “santa”? Sin duda indicar que en esta semana celebramos acontecimientos que dicen una relación especial y única a lo religioso. Es semana de celebraciones religiosas. Y efectivamente para no pocos es la semana de las procesiones religiosas, de los viacrucis, de las visitas a los “monumentos” en las iglesias. Y sobre todo es la semana de las celebraciones litúrgicas más profundas de la fe cristiana: la del llamado Triduo Pascual, que abarca las celebraciones del jueves, del viernes santo y de la vigilia pascual de la noche del sábado al domingo; y que culmina con la misa solemne del domingo de Resurrección.

Es la celebración de la Pascua del Señor, en toda su dimensión de dolor y de triunfo, de vida y de muerte; pero siempre celebración del triunfo del amor. En estas celebraciones se resume y alcanza el punto de mayor densidad de toda la vida de Jesús: “habiendo amado a los suyos les amó hasta el extremo”. Por eso, al celebrar su muerte y su triunfo celebramos su vida entera. Más aún celebramos su presencia entre nosotros, que no se termina con la muerte, se prolonga en la eucaristía, en su presencia resucitada en la misma comunidad cristiana, en el necesitado...

Lo que celebramos esta semana es lo que celebramos día a día, la Pascua del Señor. Pero es necesario vivirlo de modo especial en estas fechas, acudir así a la fuente de nuestras celebraciones religiosas. Beber el agua pura del manantial. Esa agua al discurrir por los días, sin esa referencia actualizada y experimentada a su fuente, acaba deteriorándose por el contacto con nuestra historia, la rutina y la superficialidad.

Demos tiempo a las celebraciones, demos tiempo a la reflexión personal, demos tiempo a la lectura de los textos sagrados; demos carácter realmente “santo” a esta semana.

Es, además tiempo de reconciliación, tiempo de confrontar nuestra vida con la de Jesús, en los momentos de mayor radicalidad. A la luz de esa entrega generosa de Jesús a nuestra salvación hemos de repensar nuestra propia vida, y presentarnos ante Dios y ante la Iglesia, para que, a través de sus ministros, nos reconcilie con nosotros mismos, con nuestro ser cristiano y en definitiva con Dios.

Domingo de Ramos

En Cristo todo es paradójico. Es hombre y es Dios, se conjuga en él el éxito y el fracaso, la muerte y la vida, el dolor y la gloria. La liturgia de este domingo de Ramos comienza con su entrada gloriosa en Jerusalén, y continúa con la lectura de la pasión y la muerte.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Isaías 50, 4-7

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salvazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Salmo

Sal. 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24 Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere». R/. Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. R/. Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. R/. Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. «Los que teméis al Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; temedlo, linaje de Israel». R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Filipenses 2, 6-11

Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Evangelio del día

Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Marcos 15, 1-39

Apenas se hizo de día, los sumos sacerdotes con los ancianos, los escribas y el Sanedrín en pleno, hicieron una reunión. Llevaron atado a Jesús y lo entregaron a Pilato. Pilato le preguntó: S. «¿Eres tú el rey de los judíos?». C. Él respondió: + «Tú lo dices». C. Y los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas. Pilato le preguntó de nuevo: S. «¿No contestas nada? Mira de cuántas cosas te acusan». C. Jesús no contestó más; de modo que Pilato estaba extrañado. Por la fiesta solía soltarles un preso, el que le pidieran. Estaba en la cárcel un tal Barrabás, con los rebeldes que habían cometido un homicidio en la revuelta. La muchedumbre que se había reunido comenzó a pedirle lo que era costumbre. Pilato les preguntó: S. «¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?». C. Pues sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia. Pero los sumos sacerdotes soliviantaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás. Pilato tomó de nuevo la palabra y les preguntó: S. «¿Qué hago con el que llamáis rey de los judíos?». C. Ellos gritaron de nuevo: S. «Crucifícalo». C. Pilato les dijo: S. «Pues ¿qué mal ha hecho?». C. Ellos gritaron más fuerte: S. «Crucifícalo». C. Y Pilato, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran. C. Los soldados se lo llevaron al interior del palacio —al pretorio— y convocaron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le ponen una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo: S. «¡Salve, rey de los judíos!». C. Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacan para crucificarlo. C. Pasaba uno que volvía del campo, Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo; y lo obligan a llevar la cruz. Y conducen a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de «la Calavera»), C. y le ofrecían vino con mirra; pero él no lo aceptó. Lo crucifican y se reparten sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno. Era la hora tercia cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: «El rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. C. Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: S. «Tú que destruyes el templo y lo reconstruyes en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz». C. De igual modo, también los sumos sacerdotes comentaban entre ellos, burlándose: S. «A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos». C. También los otros crucificados lo insultaban. C. Al llegar la hora sexta toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona. Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente: + «Eloí Eloí, lemá sabaqtaní?». C. (Que significa: + «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»). C. Algunos de los presentes, al oírlo, decían: S. «Mira, llama a Elías». C. Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber diciendo: S. «Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo». C. Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. C. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: S. «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios».

Pautas para la homilía

Entrada gloriosa en Jerusalén

Entrada gloriosa por la acogida que la “muchedumbre” le dispensa. No todos entienden esa manifestación del pueblo los personajes importante de la religión judía la censuran y censuran que Jesús la permita. No toleran proclamación de Jesús como hijo de David.

Nosotros celebramos esa entrada con nuestros ramos. Sabemos que Jesús entra al lugar de su suplicio; pero queremos iniciar la semana santa recordando y celebrando que la gente sencilla, antes de ser presionada por las autoridades judías, estaba de parte de Jesús, veía en él alguien que les recordaba a su rey por excelencia, David: “Hosanna al hijo de David”, proclaman.

¿Por qué cambiaron sus ideas y su actitud ante Cristo? Quizás porque el que pierde en el enfrentamiento, pierde también su posición en él: nadie se quiere poner de parte del perdedor, nadie quiere apostar por él. Cuando ve la muchedumbre que las autoridades judías se van a imponer en su deseo de acabar con Jesús, se pasan al bando del vencedor. Algo frecuente en la historia humana. Dios, por el contrario, no se sube al carro del vencedor, está más bien con el que pierde. Por eso el Dios de Jesús no es el de la victoria, sino el de la paz, y en caso de guerra de quien la pierde y sufre. La Liturgia, no se queda con los momentos de gloria de Jesús, tampoco le olvida porque fracase, por ello en el mismo domingo de la entrada triunfal nos presenta el relato de su “derrota”, de su pasión.

La pasión según san Marcos.

El evangelio de este domingo es el relato de la pasión de Jesús según el evangelista Marcos. Es quizás el primer relato de la pasión que ha llegado a nosotros. Es el relato evangélico en el que aparece con más crudeza la pasión y muerte de Jesús. El relato en el que a su “agonía” en la oración del Huerto, a su tortura que aparece en todos los evangelistas, se une el “abandono” de Dios, “Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado”. En el que nadie aparece estar de su parte, ni el buen ladrón, ni las mujeres de Jerusalén ni la mujer de Pilatos... Sólo, tras la muerte, se relata la confesión del soldado y a unas mujeres que “miraban desde lejos”.

Personajes de la Pasión

En el relato de la Pasión de Cristo muchas son las actitudes de distintas personas que aparecen: Unos le buscan matarlo, hay traidores, otros se duermen en medio de la angustia de Jesús, está quien se envalentona y le jura fidelidad y usa la espada contra quienes vienen a prender a Jesús; pero no ha sido capaz de velar con él, y esa misma noche lo niega tres veces. Está quien, en gesto profético, derrama perfume sobre su cabeza y sus pies en un loco acto de amor, mientras que “hipócritas preocupados de los pobres” condenan este acto. Aparecen los que ni le toman en serio y le escarnecen y se burlan de él; los que al verle derrotado en la cruz se mofan al indicarle que realice a favor suyo aquellos signos sorprendentes que realizó a favor de otros.

Nosotros ante ese relato.

Ante todo hemos de ser conscientes de la intensidad del dolor de Jesús, en modo alguno debilitado por su condición divina. Por el contrario, la pasión de Jesús muestra a un Dios que sufre lo indecible. Pero además hemos de preocuparnos si nos vemos reflejados en la conducta de todos esos que intervienen en su pasión. Si en nosotros, hay traiciones, sueño ante el dolor ajeno, burla del que no es nada, escarnio del perdedor, distancias respecto al injustamente condenado, huida de cualquier compromiso de dar la cara por Jesús...etc.

Lo misterioso y profundamente humano de la Pasión de Jesús, de toda pasión.

La Pasión de Cristo es un inmenso misterio de confianza, de entrega, de amor. Sobre todo de amor. En ella cada gesto parece indiscutiblemente humano. Y sin embargo, todos están profundamente teñidos de misterio, de profecías cumplidas, de algo que va mucho más allá de lo que podemos comprender, y que sobredimensiona cada acontecimiento...: de la presencia amorosa del Padre, aún cuando a simple vista parece ausente.

Hoy también la Pasión (revivida en tantos rostros, en tantos nombres) es un misterio que conjuga algo tan humano como el dolor, con lo divino que se insinúa en él. Hoy estamos llamados a descubrir a Dios presente en medio de tanto dolor que no comprendemos: cómo el dolor puede tener algo que ver con Dios o cómo puede ser por Él permitido... Hoy también somos llamados a confiar casi a ciegas, a esperar contra toda esperanza, a entregarnos a la voluntad del Padre... y, sobre todo, a amar. Sólo desde el amor se aclara el misterio del dolor.



Fray Juan José de León Lastra O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Evangelio para niños

Domingo de Ramos - 5 de abril de 2009



Entrada triunfal en Jerusalén

Marcos 11, 1-10

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

Se acercaban a Jerusalén, por Betfagé y Betania, junto al monte de los Olivos, y Jesús mandó a dos de sus discípulos, diciéndoles: - Id a la aldea de enfrente, y cuando entréis, encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta por qué lo hacéis, contestadle: "El Señor lo necesita", y lo devolverá pronto. Fueron y encontraron el borrico en la calle atado a una puerta; y lo soltaron. Algunos de los presentes les preguntaron: - ¿Por qué tenéis que desatar el borrico? Ellos les contestaron como había dicho Jesús; y se lo permitieron. Llevaron el borrico, le echaron encima los mantos, y Jesús se montó. Muchos alfombraron el camino con sus mantos, otros contramas cortadas en el campo. Los que iban delante y detrás, gritaban: - ¡Viva, bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Viva el Altísimo!

Explicación

Jesús entró en Jerusalén montado en un asno y fue aclamado por toda la gente que le recibió diciendo: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor Dios!. ¡Bendito el que viene a salvarnos! Los amigos de Jesús, de todos los tiempos y lugares, celebramos una vez al año esta fiesta del Domingo de Ramos y nos preparamos para vivir con él la semana más importante de los amigos de Jesús, que se llama Semana Santa.